

Arquitectura

## Tango y ciudad

Héctor Marcovich

Ninguna ciudad es totalmente nueva. En la exaltación de lo viejo comprendemos mejor el presente que es a su vez el pasado del mañana. Viejo es entonces aquello que aún permanece y donde se asienta el recuerdo a través del cual el hombre y su ciudad pasan a ser historia. Volver al pasado es reencontrarnos con nuestro propio origen alimentando la emoción de lo que fue y que hace posible la emoción de lo que somos.

Dice un viejo proverbio hindú: nada de cuanto se va o desaparece deja de ser para siempre, todo cuanto fue está en un lugar al cual nosotros no podemos llegar sino con la evocación.

Esa evocación presente en poetas, artistas y cantores estuvo estos días en la voz y el tango de Susana Rinaldi con cuyas mejores páginas fue posible revivir ese Buenos Aires nostálgico lleno de recuerdos imborrables.

Tangos que fueron recorriendo San Telmo, Belgrano, Once, Caballito, San Juan y Boedo antiguo, las palomas de la catedral y las golondrinas de sus plazas, las añosas rejas del barrio sur y, en fin, todos aquellos lugares y rincones típicos con toques parisinos, italianos, venecianos, góticos y coloniales con que se fue gestando como urbe rioplatense.

Tangos y milongas surgidas de su trama física y humana iniciada por Juan de Garay allá por el año 1610 bajo las estrictas normas de las Leyes de Indias, de las que nunca más pudo emanciparse.

Tangos inspirados en multiplicidad de estilos y materiales, floridos patios interiores con aljibes soñolientos, banquetas arboladas y esquinas con ochavas para el almacén y el bodegón, en su barrio de la Boca con abigarrados colores de esforzados inmigrantes napolitanos o en su Palermo chico del palacete con mármoles y estilos *demodee*.

*Gran metrópoli, allá en el sur, testigo de luchas emancipadoras y frustraciones históricas pero generoso albergue para la inmigración indiscriminada y gran sede de la cultura de todos los tiempos.*

Tangos de sus cien barrios porteños que en la vibrante manera de decir de Susana volvieron a la mente y el corazón de plétoricos auditorios para no olvidar su ciudad que la piqueta y el progreso no han podido todavía destruir.

La música popular, testigo pleno de épocas pasadas y maneras de vivir, supo una vez más reivindicar ese sentido profundo que toda ciudad tiene, y que debe ser respetado, no con escenografías pasatistas, sino almagamando lo histórico con lo nuevo que a través de las generaciones no es posible perder ni desconocer.

Nuestras actuales ciudades son caóticas e inhóspitas infiernos de cemento, ruidos y sofocante atmósfera pero las luchas por salvarlas llevan implícitas reconquistar sus ancestros y defender sus vivencias más caras y auténticas, sin falsos folclorismos. Se trata de volver a generar, en sus intrincadas mallas congestionadas, ámbitos comunitarios y rincones para el hombre en convivencia, de revivir sus árboles y sus sombras generosas y de hacerlas socialmente más equitativas, para todos.

Ese romanticismo no es falso. Está en cada uno de sus habitantes y quienes la están perdiendo físicamente encuentran, como en este caso, cita con su identidad histórica a través de la música y letra de sus canciones más típicas, como en el tango. Ese tango que por ser expresión de una ciudad vivida nunca podrá morir, sólo renovarse y vitalizarse.

Muchos abandonan sus ciudades por inhóspitas, otros arriban a ellas en busca de seguridad y de servicios, sede manterial de poderes políticos y económicos van perdiendo personalidad y sentido, pero algo muy oculto la conecta con el hombre y su realidad, ese algo que la música, la poesía y el arte han sido rescatar y mantener vigentes, y, entre todos ellos, el tango ha cumplido su papel histórico. Así lo demostró Susana Rinaldi y así lo vivió quien pudo escucharla.